LOS ESENCIALES DE LA FILOSOFÍA

FRANÇOIS VOLTAIRE

Tratado sobre la tolerancia. Con ocasión de la muerte de Jean Calas (1763)



Introducción de Roberto R. Aramayo

tecnos

LOS ESENCIALES DE LA FILOSOFÍA

Director:
Manuel Garrido

Tratado sobre la tolerancia



Retrato en grabado del escritor y filósofo francés François Marie Arouet, más conocido como Voltaire (1694-1778). Figura clave de la Ilustración, creía en un sentido innato de la justicia y acuñó el concepto de tolerancia religiosa. © Anaya.

VOLTAIRE

Tratado sobre la tolerancia

Con ocasión de la muerte de Jean Calas (1763)

EDICIÓN DE
ROBERTO R. ARAMAYO

TRADUCCIÓN DE
CARLOS R. DE DAMPIERRE

INTRODUCCIÓN, GLOSARIO Y NOTAS DE
ROBERTO R. ARAMAYO

tecnos

Título original:
Traité sur la intolérance

Diseño de cubierta: J. M. Domínguez y J. Sánchez Cuenca

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

www.tecnos.es

Créditos fotográficos:
© Archivo Anaya (para todas las ilustraciones, excepto cubierta y página 4)
© Cubierta y página 4, Album/akga images

© de la traducción: Carlos R. de Dampierre, revisada por Rodríguez R. Aramayo, 1997
© de la introducción: Roberto R. Aramayo, 2015
© de la edición, EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S. A.), 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-309-6594-6
Versión digital de la 1ª edición, 2015

Índice

Leer a los clásicos ..... *Pág.* 9
Un símbolo contra la intolerancia, por Roberto R. Aramayo 13
El caballero de La Barre 13
Las diversas interpretaciones del caso Calas 16
¿Qué es la tolerancia? 19
Las paradojas de la tolerancia 23
Un autor polifacético 29
Significado del *Tratado sobre la Tolerancia* 31
Vigencia del texto 33
Sobre la misión de los intelectuales 34
Ironía y tolerancia: la senda volteriana de la Ilustración 36
Bibliografía 39

TRATADO SOBRE LA TOLERANCIA

Capítulo primero. Historia resumida de la muerte de Jean Calas 43
Capítulo II. Consecuencias del suplicio de Jean Calas 53
Capítulo III. Idea de la Reforma del siglo xvi 57
Capítulo IV. De si la tolerancia es peligrosa y en qué pueblos está permitida 61

Capítulo V. De cómo la tolerancia puede ser admitida 69
Capítulo VI. De si la intolerancia es de derecho natural y de derecho humano 73
Capítulo VII. De si la intolerancia ha sido conocida de los griegos 75
Capítulo VIII. De si los romanos han sido tolerantes 79
Capítulo IX. Sobre los mártires 85
Capítulo X. Del peligro de las falsas leyendas y de la persecución 93
Capítulo XI. Abusos de la Intolerancia 99
Capítulo XII. De si la intolerancia fue de derecho divino en el judaísmo, y si siempre fue puesta en práctica 105
Capítulo XIII. De la extrema tolerancia de los Judíos 113
Capítulo XIV. De si la intolerancia ha sido enseñada por Jesucristo 117
Capítulo XV. Testimonios contra la intolerancia 125
Capítulo XVI. Diálogo entre un moribundo y un hombre que goza de buena salud 129
Capítulo XVII. Carta escrita al jesuita Le Tellier, por un beneficiado, el 6 de mayo de 1714 133
Capítulo XVIII. Únicos casos en que la intolerancia es de derecho humano 139
Capítulo XIX. Relato de una disputa de controversia en China 143
Capítulo XX. De si es útil mantener al pueblo en la superstición 147
Capítulo XXI. Virtud vale más que ciencia 153
Capítulo XXII. De la tolerancia universal 157
Capítulo XXIII. Oración a Dios 161
Capítulo XXIV. *Post-scriptum* 163
Capítulo XXV. Continuación y conclusión 169

Artículo nuevamente añadido, en el que se da cuenta de la última sentencia pronunciada en favor de la familia Calas 173

Glosario 179

Leer a los clásicos

Hay muchas maneras de leer a un clásico. Lo peor es leerlo principalmente por obligación. Siendo yo niño, los alumnos de primera enseñanza teníamos que leer y escuchar en voz alta a los compañeros de clase las páginas del Quijote. Por mi parte tardé en superar la aversión a la obra suprema de nuestras letras que, por su modo, me produjo aquella obligada lectura.

Otra manera de leer a un clásico, probablemente la mejor, es cuando el contacto personal y privado con uno de sus libros alimenta o despierta nuestra vocación y nos avisa, como diría Ortega, de nuestro destino. «Yo pertenezco» escribió el joven Nietzsche en una de sus Consideraciones intempestivas «a esos lectores de Schopenhauer que desde que han leído la primera pagina, saben con certeza que leerán la obra entera y que escucharán cada una de sus palabras.» Análoga reacción parece que tuvo el filósofo francés Malebranche el día en que un librero le puso ocasionalmente entre las manos el Tratado del hombre de Descartes: «no bien hubo abierto Malebranche el libro —cuenta en su vieja historia de la filosofía Damiron—, se sintió totalmente conmocionado y agitado. Lo compró, se lo llevó y lo leyó enseguida con tanta ansiedad que los latidos

de su corazón, al acelerarse, le obligaban a veces a interrumpir su lectura.» Vivencias semejantes encontramos en más de uno de los grandes pensadores actuales. Martin Heidegger, el hombre que no ha dejado de preguntarse y preguntarnos obstinadamente a lo largo del pasado siglo por el sentido del ser, nos ha hecho la confidencia de que esa obsesión suya se remonta al juvenil contacto en sus días de seminarista con un conocido libro de Brentano sobre los significados del ser en Aristóteles. Y para W. O. Quine, figura señera de la filosofía y la lógica matemática en los últimos cincuenta años, el libro que más influyó en su vida fue el ejemplar de los Principia mathematica de Whitehead y Russell en tres volúmenes que, siendo él adolescente, le regaló su hermano. Esta sarta de ejemplos atestigua, por paradójico que parezca, que también los clásicos de la filosofia pueden ser, como las Metamorfosis de Ovidio, leyendas de pasión.

Entre los dos modos de aproximación a los clásicos que acabo de describir caben numerosos intermedios, y a todos ellos quisiera servir de vehículo la presente colección de Tecnos, cuyo objetivo es poner directamente al alcance del lector medio lo más esencial de las más esenciales obras del pensamiento de todos los géneros y todas las épocas, desde Confucio o Platón hasta Rawls o Zubiri, pasando por Averroes, Descartes o Rousseau. Especialistas responsables de la edición de cada texto cuidarán mediante oportunas introducciones, notas y comentarios de que esa edición sea a la vez crítica y popular, fiel al pensamiento del clásico pero también actualizada y referida a la situación en que vivimos, incorporando a su bibliografía los títulos más tradicionales y las últimas referencias de Internet, y procurando que sus palabras cumplan en todo momento la función de señal que transmite y no de ruido que distorsiona el mensaje comunicado por cada gran pensador.

Pero me he puesto a hablar de la lectura de los clásicos sin haber empezado por justificarla. ¿Es realmente necesario leer a los clásicos? Hace cuarenta años solía decirse que esa lectura carecía de sentido. Unos veían en ella una simple marca elitista para separar al hijo del burgués del hijo del obrero y

otros la juzgaban cientifica y tecnológicamente inútil por ser inactual. Hoy se tiende a pensar lo contrario. Los excesos de la ciencia y la tecnología en su aplicación sin restricciones a la naturaleza y a la vida, la destrucción del medio ambiente y de la moral social, las desigualdades entre países ricos y pobres, las guerras de exterminio parecen demandar el retorno a una conciencia humanista que los clásicos saben, mejor que otros, propiciar.

Para mí la principal ventaja que reporta la lectura de los clásicos no está en la invitación a imitarlos, sino en el estímulo y el desafío que el recorrido mental de sus páginas implica para el desarrollo de la propia originalidad. Sus obras no están sólo para ser imitadas. Marx denunció con toda razón la absoluta falta de originalidad artística del espiritualmente miserable neoclasicismo de la Francia de Napoleón. Quizá, por volver a la filosofía, sea un caso paradigmáfico de estímulo y de reto a la propia originalidad el ya mencionado impacto de Schopenhauer en Nietzsche. Pues el autor que en años de juventud tan apasionadamente exaltó al pensamiento del maestro en su tercera «Consideracion intempestiva» fue el mismo que luego lo pondría literalmente del revés al permutar por el más energico «sí» el profundo «no» de Schopenhauer a la vida.

Las obras de los grandes clásicos son las estrellas que más lucen en el firmamento cultural. Es natural suponer que Ulises, el astuto y prudente héroe homérico, determinaría guiándose por las estrellas del cielo el rumbo de la nave que, tras interminable cadena de fantásticas aventuras, había de conducirlo a su hogar. Pero también cabe imaginar que más de una noche, recostado después de la faena en la cubierta del barco o tendido en la playa de alguna de las prodigiosas islas que visitó, volvería, antes de que el sueño lo venciera, a contemplar el cielo estrellado tratando de descifrar entonces en el intermitente parpadeo de los astros un anticipo del destino temporal que le aguardaba. Al ofrecer el pensamiento vivo de los grandes clásicos de la filosofía y de la ciencia, esta coleccion quisiera, modestamente, ser una cartografía y cada uno de sus libros una brújula que ayude al lector medio, sea joven

o viejo, universitario o no universitario, a orientarse y acaso adivinar su vocación o destino, mejor pronto que tarde, en el vasto enjambre de constelaciones que alumbran el zodíaco de nuestra cultura.

MANUEL GARRIDO

Un símbolo contra la intolerancia*

> Entrad en la Bolsa de Londres. Allí el judío, el mahometano y el cristiano tratan el uno al otro como si fuesen de la misma religión y no dan el nombre de infieles más que a quienes hacen bancarrota.
>
> VOLTAIRE, *Cartas filosóficas*

EL CABALLERO DE LA BARRE

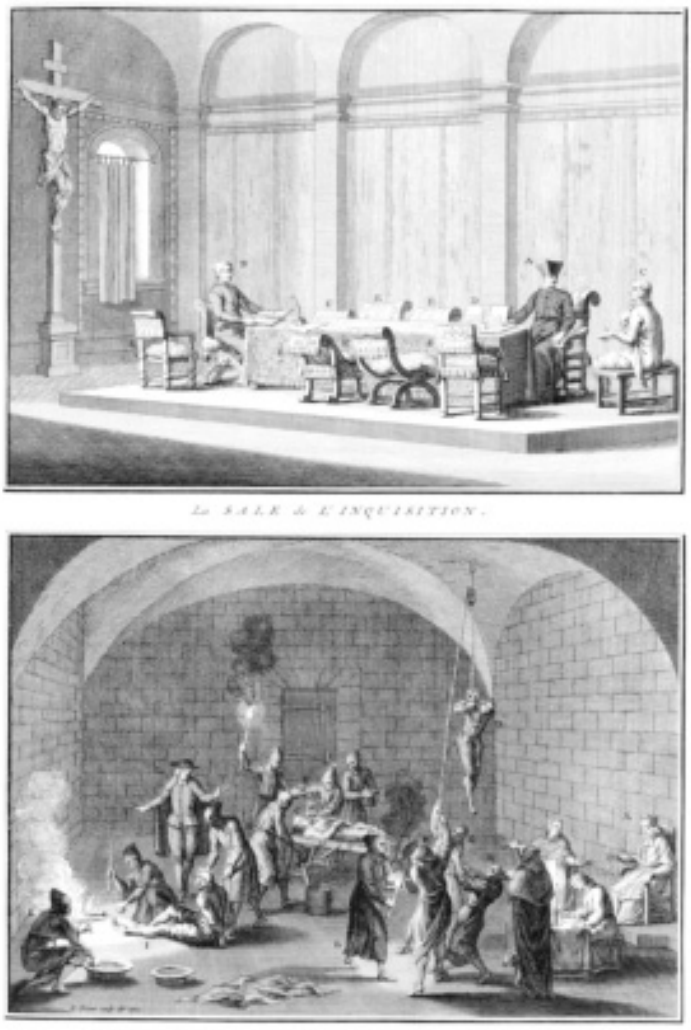
Cuando uno pasea por Montmartre desde la célebre plaza de los pintores (la place de Tertre) hasta la cercana Basílica del Sagrado Corazón (Sacré Coeur), para contemplar desde allí una magnífica panorámica de París, pasa sin advertirlo por una pequeña plazuela (Square Nadar) donde hay una estatua

* Este trabajo se adscribe a los proyectos *Philosophy of History and Globalisation of Knowledge. Cultural Bridges Between Europe and Latin America*: WORLDBRIGDES (F7-PEOPLE-2013-IRSES: PIRSES-GA-2013-612644) y *Prismas filosófico-morales de las crisis: Hacia una nueva pedagogía sociopolítica* (FFI2013-42395-P).

de un joven risueño tocado con un sombrero y en cuyo pedestal se puede leer lo siguiente: «Al caballero de La Barre, ajusticiado a la edad de 19 años el 1 de Julio de 1766 por no haber saludado en una procesión». Tal fue su gravísimo delito: no haberse quitado el sobrero al pasar una procesión, algo por lo cual se le condenó a ser decapitado tras aplastarle los huesos, cortarle la mano derecha y arrancarle la lengua, para luego quemar sus restos y esparcir sus cenizas. Todo ello por la suspicacia de unos vecinos fanáticos, quienes le imputaron haber desfigurado un crucifijo que seguramente dañó algún carruaje por una acumulación de pequeños indicios como el recién apuntado, entonar canciones irreverentes o tener entre sus libros el *Diccionario filosófico* de Voltaire, obra que por cierto fue quemada junto a los restos del joven caballero. El propio La Barre dijo antes de morir: «No creía que pudiera matarse a un gentilhombre por tan poca cosa».

Voltaire redactó un *Informe de la muerte del caballero de La Barre*, escrito presuntamente por un abogado del consejo del rey y dirigido al marques de Beccaria, el célebre autor de *Los delitos y las penas* que abogaba en esta obra por ajustar el código penal a la falta cometida, primando la reinserción social sobre la crueldad justiciera de castigos desmesurados. En su *Informe*, Voltaire razonaría ante Beccaria cuan absurdo y cruel es castigar las violaciones de los hábitos de un país, los delitos cometidos contra la opinión imperante y que no han causado mal físico alguno, con suplicios que serían más bien dignos de parricidas o genocidas. Los testimonios acumulados rebuscaron en todas las acciones de su vida, en sus conversaciones privadas, en palabras dichas al viento.

A juicio de Voltaire, habría dos varas de medir, toda vez que Montaigne en sus *Cartas persas* habría comparado al papa con un mago que «tan pronto hace creer que tres no son sino uno, que el pan que se come no es pan, o el vino que se bebe no es vino, y otras mil cosas por el estilo». Voltaire insta a Beccaria para que se pronuncie al respecto: «Decidme quién es más culpable, si un chiquillo que canturrea dos canciones consideradas impías en su secta e inocentes en el resto de la tierra, o un juez que alborota a sus cofrades para hacer pere-



Grabado en el que se muestra la Sala de la Inquisición (1723). Voltaire cree en un sentimiento innato y universal de justicia, lo que le lleva a postularse como opositor de la Iglesia católica, «símbolo de la injusticia y la intolerancia». © Anaya.

cer a ese joven indiscreto mediante una espantosa muerte». Cuando la noticia llegó a París, el nuncio declaró que no se le habría tratado así en Roma y que, si hubiese confesado sus faltas ante la Inquisición de España o de Portugal, tan sólo se le hubiese condenado por unos años.

Para ridiculizar satíricamente a los artífices del proceso judicial, Voltaire insiste una y otra vez en los detalles de la investigación. ¿La procesión pasó a veinticinco o a cincuenta pasos del caballero de La Barre? ¿Acaso podían tenerse en cuenta como blasfemas las conversaciones privadas mantenidas entre amigos y que, al no haber sido escuchadas por nadie, difícilmente podían convertirse en cuerpo de delito, salvo que los interrogadores adivinasen los términos de la conversación? —se pregunta en el *Compendio del proceso de Abbeville*, localidad francesa donde tuvieron lugar los malhadados hechos que conmemora la estatua de Montmartre—. Sólo la Convención francesa rehabilitaría más de dos décadas después al caballero de La Barre.

Lo malo es que los hechos de Abbevile tuvieron lugar en 1765, es decir, el mismo año en que de dictaba una sentencia favorable a la familia Calas «inicua y abusivamente juzgada por el Parlamento de Toulouse», rehabilitando la memoria del cabeza de familia ajusticiado tres años antes, una sentencia que no parece haber servido para conjurar al fanatismo, a la vista de lo que le ocurrió al caballero de La Barre, detenido ese mismo año por una inaudita suma de menudencias, tal como le había ocurrido en 1761 a Jean Calas. Finalmente a la familia se le impidió proceder contra los jueces. Para salvar tan delicado asunto, Luis XV les otorgó una indemnización de 36.000 libras. Pero veamos los hechos que inspiraron el célebre *Tratado sobre la tolerancia* de Voltaire: Jean Calas, un anciano comerciante de Toulouse que profesa el protestantismo, fue ajusticiado por matar a su hijo primogénito, para evitar que éste se hiciera católico.

LAS DIVERSAS INTERPRETACIONES DEL CASO CALAS

El 13 de Octubre de 1761 Jean Calas, de sesenta y tres años, cenó a las siete de la tarde en su casa, con parte de su

familia (su mujer y cuatro de sus seis hijos) y un amigo del hijo mayor, estando presente también la sirvienta de la casa. Marc Antoine, el primogénito, se retira media hora después y es hallado muerto por su hermano hacia las diez. Un cirujano del vecindario comprobará que ha muerto estrangulado con una cuerda. Mientras tanto, una multitud arremolinada frente a la casa hará circular la especie de que Jean Calas ha matado a su hijo para que no se convierta al catolicismo, tal como había hecho un hermano suyo. Las circunstancias abonan el infundio, porque la cuerda es muy pequeña y no hay rastro de ningún taburete que facilitara el suicidio. Sin embargo, los familiares habrían intentado preservarse del escándalo del suicidio y de sus funestas consecuencias, como no poder enterrar en camposanto al difunto. Bien al contrario, el suicida deviene mártir y están a punto de beatificarlo. Borrar las trazas del presunto suicidio les costará muy caro. Aunque también pudo ser estrangulado. Al parecer, Marc Antoine Calas era aficionado al juego y podría haber contraído deudas. Ese mismo día había salido con una fuerte suma y podrían haberle seguido hasta la casa.

Lo único cierto es que se abre un proceso judicial donde predominan los prejuicios religiosos. Jean Calas había permitido que otro de sus hijos deviniera católico y su sirvienta profesaba también esa religión, luego no se comprende por qué habría querido impedir que su primogénito hiciera otro tanto en busca de mejores oportunidades profesionales, dado que a los católicos se les abrían puertas vedadas a los protestantes. Voltaire hará entrar este caso en los anales de la historia, describiendo cómo un padre de familia inocente fue puesto en manos del fanatismo y sus jueces le pudieron matar impunemente con una sentencia arbitraria sin correr otro riesgo que el de equivocarse. El joven Calas, «al no poder triunfar ni obtener el título de abogado, porque se necesitaban certificados de catolicidad que no pudo conseguir, decidió poner fin a su vida y dejó entender que tenía ese propósito a uno de sus amigos», realizando tal propósito «un día que había perdido dinero en el juego». Mientras sus padres derramaban lágrimas por su pérdida, les incriminó el pueblo de Toulouse, un «pueblo

supersticioso y violento que considera monstruos a quienes profesan otra religión».

La pluma de Voltaire recurre a su vertiente dramatúrgica para presentar el caso. «Algún fanático de entre el populacho gritó que Jean Calas habría ahorcado a su propio hijo. Una vez caldeados los ánimos, ya no se contuvieron». Se imaginó que los protestantes de la zona se habían reunido la víspera y habían designado al amigo del difunto para que ayudase a la familia Calas; «toda la ciudad estuvo persuadida de que es un punto de religión entre los protestantes el que un padre y una madre deban asesinar a su hijo en cuanto éste quiera convertirse». El presunto suicida es considerado un mártir, haciéndosele un funeral con toda pompa y circunstancia. «Se había colgado sobre un magnífico catafalco un esqueleto al que se imprimía movimiento y representaba a Mar-Antoine Calas llevando en una mano una palma y en la otra la pluma con que debía firmar la abjuración por herejía y que escribía, en realidad, la sentencia de muerte de su padre». Un fraile llegó a arrancar algunos dientes del cadáver a modo de reliquias.

Ese ambiente lo habría preparado la conmemoración del centenario de la matanza de cuatro mil hugonotes, conocida como la Noche de San Bartolomé. «Se decía públicamente que el patíbulo en que Jean Calas sufriría el suplicio de la rueda constituiría el mayor ornato de la fiesta», como si el fanatismo, indignado por los éxitos de la razón, se debatiera bajo ella con más rabia. «Quedaron confundidos cuando aquel anciano, al morir en la rueda, tomó a Dios por testigo de su inocencia y le conjuró a que perdonase a sus jueces». Los hugonotes no tenía otro destino salvo el de convertirse aunque fuera para guardar las apariencias. Y la guerra de los Siete Años (1756-1762) también fue un caldo de cultivo para ese ambiente fanático en que se perseguía a quienes no comulgaban con la propia religión.

Gracias a Voltaire, en el siglo XVIII, la inocencia de Jean Calas fue un clamor generalizado y demostraba el avance de las luces sobre las tinieblas del oscurantismo, aun cuando en 1762 *La profesión de fe del Vicario saboyano* de Rousseau fuera quemado en la hoguera, igual que el *Diccionario filosófico*